

EL CAMINO DEL ORFOLLO



González Adrián

EL CAMINO DEL ORGULLO

Hacia un millar de año que, los grandes guerreros habían domado a las gigantescas criaturas que cabalgaban por los cielos de sus tierras. Pero no fue el hecho de mostrar, poderío predominante hacia una criatura inferior o, el placer de moverse sin utilizar las piernas. La tierra donde ellos pisaban los había obligado a surcar los cielos, trasladar su cultura hacía las tierras flotantes, donde las aguas no escaseaban. Donde la tierra era fértil, donde el mundo sería distinto. La raza moría, y los líderes no lo permitirían, el héroe, de tal proeza fue un Elunir llamado *Zacul*. *El primer jinete*, fue nombrado, por los años de los años. Escribieron historias de la proeza, cantaron serenatas del vuelo, y hasta le dieron la corona por ser el primero en poner un pie en las alturas inalcanzable de Eelanor. Así fue como su historia cambió. Como sobrevivieron. Como se adueñaron del cielo.

El primer engendro que amenazo la paz de su ecosistema era una cuadrúpedo de dos cabezas, una cola y enormes alas. A diferencia de las esbeltas criaturas que los acompañaban, este grotesco monstruo deformado por su enorme fuerza, cambios de planos, y voraz come materia. Infectaba el mundo que ellos habían abandonado y pronto elevaría su vuelo a destruir el que residían.

La batalla fue encarnizada, los nobles guerreros no estaban preparados para tal criatura. Un animal sin precedentes, no tenía raciocinio alguno, mataba y comía, a toda hora, a todo tiempo, y todo lo que se cruzaba. Piedras o piel, para él era lo mismo. Día tras día. Hordas de caballeros iban sin regreso a la superficie. Hasta que un día, un santo día, cayó el primero de los caminantes.

La fuerza de enormes ballestas cargadas a lomo de los dragones, acabó a la distancia con el grotesco enemigo. A partir de aquel día, el *día cero*, le llamaron, los Elunir confiscaron sus propias vidas para ser aptos para nuevos caminantes por venir. Y así, durante un centenar de años detuvieron invasiones tras invasiones de diferentes tipos de criaturas, tamaño, fuerzas, habilidades, inteligencia, todo cambiaba excepto el hambre voraz de devorarlo todo.

Una noche de celebración en el aniversario de la muerte del primer caminante, y no hacia él, tampoco a la victoria que lo cambió todo aquel día, si no, hacia los caídos, aquellos que viajaron a través del cielo en defensa de sus tierras.

Esa noche, un caminante descendiente de caminantes se hizo presente, el hombre caminaba sostenido en sus piernas traseras, hablaba y razonaba como un Elunir. Junto a él otra criatura similar, llamada humano, sostenía una conversación adecuada con el mismo caminante. Él y su compañero, vinieron en busca de paz, intercambio de cultura y amistad.

Tres pueblos se unían, el mismo día en que la historia había puesto a sudar, llorar y lamentar a los Elunir. Aquel día, conmemoraron el *día de los tres*. Las tres culturas intercambiaron bienes, saber, libros, conocimientos, armas. Todo lo que el otro desconocía, se lo llevaron entre sí.

Los extranjeros volvieron a sus tierras después de un largo año, pues ahí, en la tierra Elunir, el invierno surgía dos veces, el verano dos más, y luego la primavera y otoño aparecían. Cuatro veces más que las tierras del caminante y seis más que la del humano. Aquel día conmemorativo para ellos y la raza local, fue el mismo día de despedida.

Se dio un gran banquete en honor a los dos allegados, amigos, familias, compartieron todo mutuamente sin restricción alguna. Su viaje había tenido una razón de ser, **la noticia de la caída del último caminante**. Había muerto en las tierras heladas, el señor de allí, lo había hecho con sus propias manos. Tras aquello, desprendieron sus vidas hacia una dos décadas de sus familias en búsqueda de más caminantes, saltando por cada uno de los planos, y el conocimiento y leyenda de los cazadores Elunir se esparcía por cada uno de aquellos, por eso, fueron los últimos en visitar. Ahora la leyenda humana y el último caminante mestizo, daban la buena vista a todo rencor contra una raza desconocida que vagaba con ira destruyendo mundos.

Se fueron finalmente prometiendo que ya no alzarían mas las armas y que prosperaran en una vida calma por toda la eternidad en su buen plano, y que, alguna vez, volverían a visitarles. Los dos se desvanecieron en un portal, que duró lo que ellos tardaron en cruzarle. A través de aquel se veían las tierras heladas donde el caminante vivía y el humano le acompañaba.

Se hicieron historias, cuentos, leyendas de aquello a medida que los años pasaban y el día conmemorado se iba mutando de todas las formas. Contaban que el caminante era un rey, de dos metros, físicamente imposible, cargaba una gran espada de diamantes, en otra época, el caminante

era un dios, vestido de oro, cargaba un mazo con un mango tan grueso como un árbol y el metal tan duro como una montaña. La leyenda humana, a diferencia del caminante, embellecía, de plata primero, siguiendo de oro, a un dios de formas perfectas, y así, fueron rememorando a los dos individuos como guerreros celestiales imparables que fundaron un mundo de paz.

El reinado de alegría perduro años tras años, sin un ser que invada el largo campo de hierbas seco de la superficie o, la fertilidad de las tierras flotantes. Los guerreros Elunir, vigilaban las tierras día y noche con sus dragones, hasta el cansancio. Muchos dormían en las tierras bajas, no soportaban la paz, necesitaban tanto de las criaturas como del agua. Su destino era pelear con ellas. El tiempo pasó, muy rápido, y los Elunir guerreros comenzaron a desaparecer. Muchos dejaron las armas, los menos orgullosos o los más viejos, abuelos de familias que apenas si podían caminar. Pero los que promediaban la edad adulta o tenían conocimiento de algún combate con los caminantes, se exiliaron y no encontrar de su raza. Si no que, en búsqueda de aquellos seres que ahora inteligentes se escondían destruyendo su ecosistema, mientras los pacifista perezosos creaban un mundo de paz.

La cultura Elunir progresó durante años, cambiando su vida de árboles a las piedras, luego al cemento, y por ultimo al metal. Una metrópolis se formó en la tierra flotante más grande del planeta. Y expandieron ciudades donde apenas antes había pueblos, escasas estructuras o simplemente nada. Los grandes guerreros cansados de una espera ininterrumpida, volvieron a casa. Volvieron para quedarse y adaptarse a la nueva vida, los nuevos cambios; los esperaba

la ciencia, la alquimia, el metal, nuevas culturas, nuevos idiomas, una forma de vida diferente a la que conocían, era lo único que quedaba del antiguo mundo al que defendieron entre tantas hazañas y proezas.

Las nuevas tecnologías habían creado diamantes refractarios que modificaban las ondas transmitidas entre planos. Años pasaron para que pudieran comunicarse con cada uno de ellos, ubicando pocos que habían podido lograr lo que ellos. Bueno, nuestra raza, había sido la primera en crearse, el primer plano, así lo dijeron los astrólogos de los blancos, lo confirmaron los oscuros y los últimos hijos de los creadores, los humanos. Era fascinante que pudieran comunicarse cuatro razas, cuatro culturas diferentes, en cuatro planos en el espacio estelar. “Cada uno tenía un propio espacio y tiempo, una luz, algunos compuestos por tres soles, ocho lunas, otros ausentes de estos, y cada plano estaba uno junto al otro, apenas a diez mil kilómetros de distancia”, sugería la raza humana.

Los años trascurrieron junto a las comunicaciones, los avances tecnológicos, entre tantas cosas que las culturas podían absorber de uno de los otros. La guerra había invadido a los blancos y negros, se había disipado hasta el plano de metal y nada más supimos de ellos. La distancia surgió también a la de los humanos, el líder, había prometido interferir junto al último caminante. De alguna forma, los blancos pudieron trasladarse al *plano obscuro* donde la guerra, tenía ya una década. El humano nos informó el día de su punto de partida y no supimos más nada de ellos.

Transcurrieron otros dos años antes de que supiéramos algo de él y solo de él, el humano, el líder, la leyenda viva. Su transmisión fue la última entre culturas.

–Deben de abandonar cada parte de su tierra
–Ordenó con voz temblorosa–, No hay escapatoria, deben de moverse...

–¿Y adónde ir? –preguntó un sabio.

–Lejos, lo más lejos que puedan de sus ciudades
–hizo una pausa dolorosa–. Intentaré comunicarme con los blancos para que los trasladen en cuanto puedan.

–¿A que debemos de temerle? El ultimo caminante fue destruido hace ciento de años –concurrió otro sabio.

–Un caminante, uno supremo, uno que destruye todo, su inteligencia y fuerza son comparable a todos los que han matado en una sola criatura, créanme, es la perfecta máquina de destruir planos.

Los sabios rieron, se sofocaron entre risas, las carcajadas cambiaron el ceño de preocupación del humano a enojo, ira, furia, violencia tenían sus ojos.

–Nosotros nacimos para matar a esas criaturas, que venga, como otros tantos, los despojaremos de su vida – anunció con vehemencia el anciano mayor.

Todos chillaron y vitorearon las palabras de su liderar, del más alto Elunir guerrero. Uno de los pocos que había visto caer a un centenar de ellos. El confiaba tanto en sus guerreros que se olvidó de los detalles de no tenerlos. Ha-

bían visto la paz, y pocos quedaban, tan oxidados como el hierro entre la humedad y agua. Tan viejos y lentos como sus dragones y tan muertos que sus descendientes ahora eran astrólogos, físicos, científicos y no guerreros natos para enfrentarlos. Pero el orgullo, aquel fervoso orgullo que una vez tuvieron al matar el primer caminante, había sucumbido a toda la razón que habían obtenido en tantos siglos de historia. Y el humano volvió hablar.

—Prometo que su arrogancia hará que mueran todos, cada uno de los hijos Elunir será despedazado por la criatura, devorado, arrancado de las fauces de sus tierras, esta impertinencia la pagaran cara.

Las tierras lejanas de los Elunir parecían haber escuchado el mal presagio que blandía el humano hacia la raza guerrera. El silencio era tan palpable que podías chocar con él, caer al suelo y él te abrazaría, te arrastraría tanto a las profundidades que, no volverías a escuchar jamás. Y la demencia se oyó. El gran Elunir contrarresto las palabras del humano.

—Inútil criatura que lo único que sabe es destruir su propio ecosistema —gritó entre maldiciones—, anuncio, ante ti, y mi raza, que el próximo humano que vuelva a pisar las tierras de Eelanor, será desmembrado en tu honor.

Los cristales de transmutaciones de ondas fueron destruidos con la fuerza de la ira del viejo Elunir. Uno que apenas podía pararse, usaba bastón, y tardaba horas en volver a casa, que cercana tenía al consejo. Arrebató cada pieza de cristal, pesando la media de un dragón adulto. Las

lanzó una por una hacia el suelo, mientras que el humano veía con cara de resignación las blasfemias del viejo.

Una década más tarde el raciocinio de un antiguo guerrero Elunir es nublado por la venganza, la ira, el desprecio hacia el ser humano. *Intruder, el camaleón furtivo*. Así le llamaban por su capacidad de esconder sus poderosas armas. Había creado un sistema de combate tan perfecto, que su capitania duró hasta la caída del imperio guerrero. Su armadura era su armamento, promoviendo las armas que necesitaba, sin estorbar en los movimientos, carga o peso, y siempre manteniendo la protección en su cuerpo. Era audaz, valiente y técnicamente perfecto en combate. Si el humano hubiera llegado en el clímax de su edad, no hubiera podido derrotarle ni en un millón de vidas humanas. La historia y el tiempo, fueron otros.

El Guerrero vivía en una pequeña tierra flotante a la distancia de la metrópolis, la tecnología y ciencia. El viejo era anticuado y solo vivía para combatir, no holgazanear. Junto a Matilda, su dragona, seguían explorando el basto mundo sin encontrar indicios del supremo caminante anunciado por Jaden.

A diferencia de aquello, encontró a su hijo que, acompañado por una guardiana personal, advirtió ser hijo de quien presagió el mal a su mundo. La ira del viejo se hizo saber de un instante a otro. Pronto utilizando su mortífera técnica había atravesado a la guardiana, dejándola moribunda. El humano sería el siguiente. El combate fue parejo, entre espadas se batieron a duelo, lo que Intruder no pudo advertir fue el místico poder del legendario Jaden, en su hijo. El poder flameo en su armadura indestructible y la poderosa espada dorada. El combate acabo cuando estas

fueron utilizadas de manera excepcional por el humano. A consecuencia de la caída del viejo testarudo que, no indico a Matilda que volase y advirtiera la catástrofe venidera o dejar de lado su tonto orgullo y volar hacia la única misión por la que vivió una vida: cazar caminantes. Enterró su cultura, su entrenamiento, su misión, por el orgullo propio, que no correspondía aquel humano, si no, a otro que nunca más volvió a nuestras tierras.

Pronto sin el aviso del viejo inerte ahogado por su propia sangre, el caminante invadió la metrópolis. Dando muerte a los guerreros desprevenidos, a los pocos que pudieron darle batalla y al centenar de miles de personas inocentes que no tuvieron la menor oportunidad. Aquel monstruo tenía una inteligencia superior, una velocidad suprema, fuerza, astucia, y grandes fuentes de energía que irradiaban fuegos mortales, explotando la tierra, fundiendo el metal. La metrópolis fue una masacre. Entre ella, las ciudades de cada tierra flotante cayeron en busca del hijo de Jaden, el único objetivo del caminante que, pronto se marchó al terminar de destruir nuestra cultura por completo.

Ahora, como en el principio, hace miles de años, cuando el primer Elunir adjudicado como el señor de nuestros pueblos, domo el primer Dragón, volvimos a las tierras bajas. Donde no hay tierras donde volar, donde el agua escasea, la tierra no da frutos y los animales acorazados y hostiles, no vierten carne comestible. Ahora os cuento a todos ustedes, una década después, antes de morir, la historia de nuestra irrefutable caída del imperio. Y os cuento cada una de las palabras para que, si, el día de mañana ustedes logran, como antes uno de nosotros lo hizo, salvar

González Adrián

nuestra raza, no lleven consigo lo único que nos hundió de nuevo: *el orgullo*.